Del monte y los caminos de Antonio Pereira

Antonio G. de Lama

Este libro “Del monte y los caminos” es el segundo de Antonio Pereira. El primero “El regreso” era un libro intimista. Era el hombre que venía de todos los caminos del mundo y regresaba a su ciudad a su casa, a su querencia, y decía lo que un hombre de corazón siente cuando anda lejos y vuelve a lo más entrañable de su ser y de su vida.

En este otro libro Pereira es el mismo. Hombre de corazón que lleva dentro una inmensa ternura y ha de vigilarse mucho para que no se le desborde. Pero, por mucho que se vigile, la ternura se le escapa, le rezuma por entre las palabras y los versos que parecen fríos por fuera, pero arden, húmedos, por dentro.

Pereira, en este libro, vuelve a su infancia, a lo que él vio y pensó y sintió cuando era niño, ahí en su Bierzo natal, en su Villafranca, dormida en el valle, rodeada de montes, de caminos que bajan de los montes y traen olor de aldeas, de hombres que viven y mueren, sufren y aman allá arriba.

Hay que ponerse en Villafranca del Bierzo para entender, para sentir este libro. En Villafranca y en una casita en las afueras, con balcón sobre el río y sobre el valle verde y húmedo. Y, abajo, la Ferretería, la tienda de su padre. Allí, las herramientas, «los clavos sobre el platillo- de la balanza cayendo- y el choque de las calderas, brillantes de los pucheros» «la chapa galvanizada», «las guadañas», «las hoces»; todo con un sonido que el poeta no puede olvidar, la canción de las cosas humildes.

Y los hombres. Los hombres y las mujeres que venían por los caminos a comprar sus herramientas. Los hombres, «que van dejando en los carriles - un reguero de vida que se pierde». Los hombres que van y vienen por los montes solos con miedo -de la noche y cantando para exprimir el miedo y la soledad en sus entrañas. Cosas humildes, hombres oscuros, caminos sin nombre aldeas que en vano buscaríais en los mapas. La vida de esos hombres que, un día nacen bajo las mantas, que andan unos años lentos, por los caminos y los montes y una tarde cualquiera se van sin decir nada, sin otra presencia que la

de un hombre como ellos que ha ido, «solo y cuesta arriba» para llevarles a Dios.

Esto es todo. Con ello puede hacerse paisaje, descripciones, pintoresquismo poesía social, folklore, denuncia y griterío. Antonio Pereira, con eso, sólo con eso, ha hecho poesía. Bueno, no sólo con eso. Con eso y con ternura. Y con palabras. Porque la poesía se hace con palabras. Y Pereira consigue en estos breves y escuetos poemas un dominio de la palabra poética que pocos poetas alcanzan ahora No es la palabra bella ni la metáfora brillante ni la imagen sorprendente ni el verso sonoro. Es la palabra creadora. Palabra humilde, como las cosas que canta. Pero justa, expresiva, temblorosa de emoción. El sustantivo y el verbo. Y sólo de vez en cuando, cuando la emoción lo exige, el adjetivo exacto, revelador. O la metáfora que levanta las cosas, que las abre para que se vean sus entresijos, para que se las sienta palpitar con la sustancia espiritual que lleva dentro.

Hay en el lenguaje y en el estilo de Pereira un aparente descuido que puede despistar al lector poco atento. Pero cada palabra ha sido pensada y pensada, puesta en su sitio, cargada con el significado justo. Es una sobriedad estremecedora. Leyendo estos versos, se olvida uno de las palabras porque las cosas y la emoción de las cosas están en ellas llenándola, estremeciéndolas, haciendo rezumar toda su alma poética, real y humana, física y soñada.

Lo mismo que de las palabras podría decirse del ritmo. No busquéis en estos versos el ritmo sonoro, la métrica escandida la música elocuente. Tienen una música íntima, que va por dentro, que canta casi en silencio, en susurro. Como si el poeto no cantara para los demás sino para sí mismo, en una voz que apenas sale de la garganta, densa y sentida.

Es el ensueño, el clima; de esta poesía. Porque todo lo ve Pereira ahora, a muchos años y a muchas leguas de distancia, casi esfumado, como en sueño hacia atrás, retrospectivo. Y en ese sueño las cosas, los hombres, desvanecen sus perfiles concretos. Y queda de ellos el, aroma, la luz tenue, el sonido lejano. Y la poesía que entonces no tuvieron y ahora los envuelve a la luz del recuerdo

Pereira ha sido y es cuando quiere, poeta de juegos florales. En esos poemas que le premian: siempre tiene una voz engolada, una elocuencia sonora, un tono vibrante, una versificación rotunda En este libro se ha olvidado de todo eso. Ha contenido su fluencia verbal, ha reprimido en énfasis, se ha desnudado de todo arrequive ocioso. Y se ha quedado en carnes o en huesos o en nervios. Poesía desnuda, en la que la emoción es más pura, la expresión más verdadera. Como Antonio Machado, ha querido dar solamente «unas pocas

palabras verdaderas», Palabras que son alma, que toman la realidad y la transfiguran que la exprimen haciéndolas rezumar su esencia íntima su verdad entrañable, su poesía.

Es Pereira, en este libro, sencillo y humano, ardiente y puro. Y ha sabido crear poesía con las cosas humildes con los hombres oscuros que viven su vida gris, cotidiana, por los montes y los caminos.